

—¿Conque no puede ser mas que el vals? yo hubiera preferido el *chotis*.

—Lo siento... pero lo tengo comprometido.

692
-.6 OCT. 1973

LA GACETA



20 cts m$

ZORROASTRO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION DE REVISTAS

MISCELÁNEA

KIOSCO LA SAETA NÚM. 3

RAMBLA DEL CENTRO

La señora propietaria del mismo, además de LA SAETA, tiene á su cargo la corresponsalía de los siguientes periódicos de Madrid:

Heraldo, Heraldo Taurino, El Tio Jindama, La Caza Ilustrada, y *Correo de Valencia, Heraldo de La Rioja, Heraldo de Aragón* y *Madriles.*

En este kiosco recibirán los señores compradores un cupón por cada cinco céntimos de gasto, con opción á diferentes regalos de libros.

Dos enamorados reñían acaloradamente. En el calor de la disputa, coge el amante la cadena de su reloj y la tira por la ventana, diciendo.

—Quiero que veas el caso que hago de tus regalos.

Entonces ella coge el reloj y hace con él la misma operación.

—¿Por qué tir as mi reloj?—dijo él.

—Para que el que encuentre la cadena,—dijo la mujer furiosa,—sepa la hora á que se la ha hallado.

—¿Cuándo se casa usted, don Luis?

—En eso estoy pensando.

—Siempre dice usted lo mismo.

—Sí, amigo; las cosas que han de durar toda la vida debe uno pensar en ellas... toda la vida

Maestro (á uno de sus discípulos).—Cuando Alejandro el Magno era de edad de usted, había ya conquistado la mitad del universo.

Discípulo.—Pues ya comprendo la razón de la diferencia.

—¿En qué consiste?

—En que Alejandro tenía por maestro á Aristóteles, Cuestión de suerte.

Entre dos amigos:

—Ven mañana á casa. A las nueve mi mujer leerá un poema; á las diez mi hija cantará varias romanzas, y á las once cenaremos.

—A primera hora estaré muy ocupado. Espérame á las once.

En un tribunal:

El acusado es una especie de Hércules, al que dice el presidente:

—¿No tiene usted abogado que le defienda?

—No, señor, ni lo necesito; yo solo me basto para hacer cisco á todo el tribunal.

Charada

Ei dios *segunda tercera*
es el dios que yo venero.
Y perdonen la franqueza,
pero siempre he sido *fresco.*
Mastico *Todo,* que es *todo*
de la Argelia, y les confieso
que lo mastico, llevando
dos primera de alto precio.
Como *tres tres* cada noche,
tan pronto como me acuesto.
No digas *prima primera*
aunque seas un incrédulo
y me doy por satisfecho.

MORENO

Jeroglíficos comprimidos

I

× · :: 2 PRI

A. SELMA

II

Patata

L. DEL A.

Cuadrado numérico

1	2	3	4	5	6	7	Oficio.
1	2	6	3	5	3	7	Idem.
4	2	6	4	5	3	2	Util de cocina.
3	5	4	7	6	4	2	Aparato de química.
1	2	3	2	3	6	7	Enfermedad.
4	5	3	1	5	6	7	Ordinal.
1	7	4	7	6	3	2	Animal.

DON AGUSTÍN

Soluciones á lo insertado en el núm. 691

CHARADA.—Camarote.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Don Donato debe donde vas.

FUGA DE VOCALES:

Náufrago de mis pasiones,
de mi voluntad me olvido:
donde me dejes me quedo
á merced de tu cariño.

CRIPTOGRAFÍA:

Madre, qué bonitas son
las flores del cementerio;
parece que están formadas
de ilusiones del que ha muerto.

AÑO XV BARCELONA 25 DE FEBRERO DE 1904 NÚM. 692



PARA los enamorados tímidos ha llegado la hora de ejercer sus funciones.

La inocente joven, que como tórtola enjaulada, ve revolatear al macho á su al rededor sin poderle aproximar el pico, puede hoy, por gracia de la época, pasar un ratito junto á su galán, y hasta escuchar de sus labios las enloquecedoras frases amantes.

Por muy vigilada que se encuentre una niña en estos días de cuaresma, siempre encuentra un momento feliz al entrar en un templo, al sentarse en un banco para oir el sermón, al tomar de la pila el agua para santiguarse, para cambiar algunas palabras ó para tomar furtivamente el *papelito,* donde va depositado todo un poema de amores volcánicos.

Todo tiene su compensación en esta vida. De aquí que una vecina mía sea de las que con más fervor acude á las iglesias en aras de sus sentimientos amoroso-místicos.

Su madre no la deja un instante tranquila durante el resto del año, así es que el pobre novio, se pasa las horas enteras haciendo gimnasia con el cuello en la acera de enfrente de casa de Conchita.

Pues bien, la señora madre de esta joven coge á la chica por la mañana, la deja en el primer templo que encuentra y ella se marcha tranquila á sus quehaceres, diciendo para su capote:

—Aquí no hay cuidado.

Y no se equivoca. No hay cuidado, pero hay Antoñito, que es el novio de la niña.

Casi oculto detrás de una columna ó donde puede, espera á que Conchita esté sola; y entonces sale de su escondite aproximándose á su novia.

—Te tengo que decir una cosa,—exclama Antoñito.

—Por Dios, no me hables aquí dentro porque nos condenaremos juntos.

—Mejor; contigo iría yo á gusto hasta el mismísimo infierno.

—Calla, que me das miedo.

—Pues entonces vamos á la calle, y allí te diré...

—No, á la calle, nunca... puede llegar mamá de un momento á otro.

—Pero si se ha ido ahora mismo.

—No le hace.

—Entonces, ¿cómo te lo digo?

—Dímelo por escrito y ya lo leeré en casa.

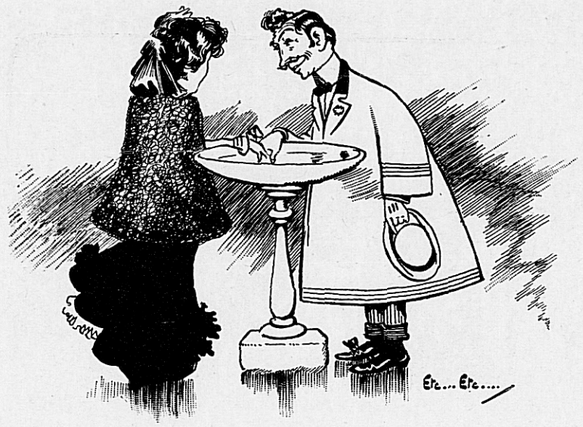
—Entonces voy al café más próximo y vuelvo.

—Aquí te espero, junto á San Nicomedes.

—No tardo, rica mía...

Y efectivamente, no pasa un cuarto de hora, cuando Antoñito entra de nuevo en la iglesia.

La novia le ve y se dirige á la pililla más próxima, donde el chico le entrega la carta con el mayor misterio.



—Fíjate bien en lo que te digo y resuelve pronto.

—¿Pero de qué se trata?

—¿Ahora quieres que te lo diga?

—No, Antoñito.... vete y ya nos veremos mañana.

—Adiós, hermosa mía, deja que te dé un apretón en una mano.

—Vete por Dios, que nos está tentando el diablo.

Así termina la escena.

Y cuando Conchita se ve sola en su gabinete, saca del devocionario el amoroso papelito y lee, ó mejor dicho, devora con los ojos las siguientes líneas:

«Adorada Conchita: Esto no puede seguir así, porque yo me estoy muriendo á chorros. Tu madre está jugando al *fot-ball* con nuestros tiernos corazones, y yo no puedo resistir tantos y tantos golpes.

»Espero tu decisión.

»Una de dos: O mañana te escapas conmigo desde la primera iglesia donde te lleven, ó me dejo morir poco á poco como lo hizo un pariente mío cuando lo dejaron cesante.

»Ya lo sabes; tu amor ó la muerte.

«Decídete y sabes que te esperan los brazos de tu,

ANTONIO.»

Creo inútil decirles que esta carta desgarró el alma de la pobre Conchita.

¡Qué terrible situación!

Si seguía los consejos de su madre, mataba á un *tórtolo* y si hacía lo que éste le indicaba, su madre era capaz de reventar del disgusto...

Veía al desventurado Antonio tendido boca abajo con una pistola en una mano, un puñal en otra y un charco de sangre alrededor; y en sus contraídos labios veía también dibujado su nombre quizá envuelto en una espantosa maldición.

La pobre Conchita suspiró con desaliento, se tapó la cara con las manos y lloró mares de lágrimas, sintiéndose después más aliviada del peso que tenía sobre el corazón.



Sus lágrimas ¡ay! son losas de plomo que aplastan el *péndulo de la vida*, lo trituran y lo esparcen en pequeñas partículas por el cielo azul de la dicha.

Aquella noche no durmió la candorosa niña.

A la mañana siguiente se escapó con el novio.

Al mes de la escapatoria, se casaron.

Y á los pocos días del matrimonio, decía la madre de Conchita á una amiga suya:

—Este es mi sistema, en cuatro Cuaresmas he salido de mis cuatro hijas...

JOAQUÍN ARQUES



Las tres cantan, las tres bailan y las tres hacen la mar de ejercicios *dislocadores*



SINFONÍA AMOROSA.—Preludio.

El sueño de la princesa

(CUENTO *casi* FANTÁSTICO)

La princesa Clementina estaba inconsolable, como la mujer de Ulises, aunque no por igual motivo.

El príncipe Honorio no se hallaba ausente del hogar; durante los dos años que contaban de matrimonio, los cónyuges habían permanecido juntos en la más deliciosa armonía.

Clementina y Honorio eran felices, al parecer; ni la desgracia más insignificante logró turbar un solo momento la paz que disfrutaban aquellos seres afortunados, nacidos el uno por el otro.

Y, sin embargo, la princesa Clementina estaba inconsolable.

¿Por qué?

Su esposo adoraba en ella, la servidumbre se complacía en atender las órdenes de su señora con solicitud verdaderamente filial, los cortesanos vivían pendientes de su voluntad, el pueblo... ¡cosa rara!... la bendecía, el fausto la rodeaba, la fortuna, vertiendo sobre ella sus dones más preciados, la colmó de riquezas, poder y majestad...

Y, sin embargo, la princesa Clementina estaba inconsolable.

¿Por qué?

Porque para coronar tanta ventura, le faltaba un hijo.

En vano realizó Clementina cuantos esfuerzos son imaginables, enderezados á la satisfacción de sus nobles deseos.

Dispuso rogativas, consultó el caso con los más afamados médicos del reino, apeló, en última instancia, á los empíricos remedios de charlatanes, curanderas y hechiceros, acudió á los más extravagantes recursos de la brujería y... nada: el codiciado fruto de bendición no llegaba.



Andante

No tardó Clementina en comprender quién resultaba culpable de aquella omisión; Honorio, desde muy joven, había emprendido una vida crapulosa y desenfrenada, que sólo terminó cuando él y la princesa realizaron el casamiento.

Más de una vez pusieron en peligro la existencia del príncipe, los extravíos sensuales á que se entregaba; su salud quedó profundamente resentida y Honorio incapaz para cumplir los



Variaciones

sacratísimos deberes de buen marido.

Clementina, temiendo escandalizar á su corte si declaraba públicamente inútil á su egregio esposo, resignóse á padecer en silencio tamaña desdicha, ocultando sus íntimos dolores, y resuelta á no faltar por nada ni por nadie á sus obligaciones de mujer y de princesa.

Muchas ideas pecaminosas cruzaron por la mente de Clementina, impulsándola á cometer alguna infidelidad, muy natural y justificada en este caso; pero siempre halló razones para desecharlas con visible repugnancia.

—No; eso jamás,—se decía.—El mundo ignora mi martirio; Honorio ha depositado en mí el tesoro de su honra, que no estriba en cosa tan pequeña; sé que mi conducta pudiera justificarse declarando la verdad, pero eso atraería sobre los dos el ridículo más bochornoso, y me respeto demasiado para cometer esa ruindad.

Y fortalecida con tales reflexiones, continuaba mostrándose en público risueña, feliz y enamorada, mientras su corazón hallábase henchido de amarguras y tristezas imponderables.

¡Pobre Clementina!

Por su parte el príncipe, avergonzado de su impotencia y queriendo presentarse á los ojos de su mujer como esposo digno de serlo, buscó también recursos que le devolvieran el vigor perdido.

Un sabio especialista, le recomendó ciertas aguas que realizaban milagros en la curación de aquel género de dolencias; además, le aconsejó que, durante un año, se ausentara de la corte, dedicándose á viajar para fortalecer su debilitado organismo con los frecuentes cambios de clima, la vida del campo y los siempre beneficiosos ejercicios corporales.

Honorio comunicó á Clementina sus deseos, y ella, con la esperanza de ver realizado su ideal, consintió en aquella separación forzosa, cuyo término esperaría tranquila y confiada.

Y el príncipe, acompañado por el facultativo consejero y algunos íntimos de su corte, emprendió la *tournée*, abandonando, muy á su pesar, el lado de Clementina, la que prometió seguir fiel á sus deberes y no olvidar, ni por un instante, al esposo ausente...



Allegro

⁂

Era una espléndida noche del mes de julio.

La princesa Clementina, reclinada en su lecho y pensando en el ya lejano marido, quedóse



y casi... final

dormida, aunque con sueño bastante agitado.

A fin de atenuar el calor, insoportable en la estancia, dejó de par en par abiertos los balcones que caían sobre el parque del Palacio.

En tal situación, Clementina creyó percibir, en el silencio de la noche, los ecos melodiosos de una cítara hábilmente tañida por incógnito trovador.

Poco después, una voz argentina y pura como la de un ángel, entonó una canción amorosa que, avivando los afanes de la desgraciada princesa, interesaron su corazón hasta el punto de inspirar en ella irresistible deseo de conocer quién así expresaba sus apasionados afectos. Clementina, llevada por las mágicas armonías de aquella voz que al cantar suspiraba, trató de levantarse inútilmente: una fuerza superior la retenía contra su voluntad.

El trovador invisible continuó dando al viento sus canciones cada vez más insinuantes y sugestivas...

La princesa, dominada por una fuerte excitación nerviosa, retorcíase en el lecho, mezclando palabras incoherentes, con suspiros tenues y sollozos apagados.

De repente, vió destacarse en uno de los balcones, la silueta de un hombre; quiso gritar y no pudo.

El audaz recién llegado, acercóse al lecho y deslizó estas frases al oído de Clementina:

—Te amo; mi corazón, mi sangre, mi vida, son tuyos... Grita, llama, que acuda gente, que me despedacen tus guardias, aquí, donde tú me veas morir recogiendo mi último suspiro, la postrer mirada de mis ojos, y en ese instante supremo, seré el más feliz de los hombres, porque ¡te amo!... ¡te amo con locura!...

Y Clementina sintió que aquel hombre le prodigaba tiernas caricias, besándola y abrazándola con frenético arrebato.

Ella, sin poder librarse de los ardientes lazos que la oprimían, cedió rendida, entregándose involuntariamente á merced de aquel amante improvisado.

Al amacecer, despertó Clementina, recobrando el dominio de sus facultades.

Las ropas desordenadas, hiciéronle recordar aquellas emociones experimentadas pocas horas antes, y al ver que su incógnito galán había desaparecido, murmuró suspirante:

—¡Todo fué sueño!... ¡Qué pesadilla tan agradable!...

Durante varias noches consecutivas, repitióse la escena que, dicho sea en honor á la verdad, la princesa atribuyó siempre á exaltaciones febriles de su ardiente fantasía, toda vez que, ni por casualidad, á pesar de la exquisita diligencia que puso en averiguarlo, pudo encontrar indicios que la hicieran creer en la existencia de un amante.

La realidad hubo de imponerse al fin, cuando Clementina advirtió en su organismo señales evidentes de próxima maternidad.

Nueve meses más tarde, dió á luz un, según fórmula, robusto infante.

Como ese plazo, natural é inalterable, confrontaba con la fecha en que el prínicpe abandonó la corte, nadie sospechó que hubiera fraude en la conducta de Clementina.

Sólo el príncipe, que sabía muy bien á qué atenerse respecto al particular, cuando recibió la sorprendente noticia, dijo á su facultativo:

—Buenos son los milagros de tu plan, pero, doctor, eso de que hayan tenido eficacia durante mi ausencia, ni me place, ni me lo explico...

—¡Pues ese es el milagro!—contestó el doctor, sin inmutarse.

LUIS FALCATO

En un abanico

Niña encantadora, escucha,
que te adoro con delirio,
que mi afán se cifra en verte
y en escuchar tu voz cifro
las ambiciones que tengo;
escucha, que sólo vivo
para mirarme en tus ojos,
esos ojos tan bonitos
que queman crueles mi alma
y adornan tu cuerpo lindo,
tu cuerpo lleno de gracia,
por el que yo estoy loquito,
escúchame, *nena* mía,
que no quiero más martirio
y sí quiero ver risueña
esa boquita de niño,
con esos labios tan rojos
y esos dientes tan chiquitos;
quiero que tus ojos negros
me miren con más cariño,
para que yo también ría,
para que yo esté tranquilo;
quiero que, cerca de mí,
con ese acento divino
que Dios puso en tu garganta,
me digas muy despacito
que me quieres, que me adoras,
que piensas en mí, ¿has oído?
Hazlo así, preciosa niña,
que tan cierto es lo que escribo,
que verás mi corazón
cuando mires tu abanico.

ABELARDO DELGADO



Sufre y no se consuela, la sensible Carola.

¡Qué triste es dormir suela... digo, sola.

La florista

(A mi querido amigo el distinguido escritor F. Gil Asensio)

I

El mes de julio avanzaba majestuosamente hacia el panteón de los recuerdos. El calor era sofocante y la muchedumbre madrileña se apresuraba por las noches á buscar sitio donde ensanchar sus pulmones con aire puro y fresco. El mejor de todos en el verano, son los Jardines del Buen Retiro.

Aquella noche iba «La Poupée», opereta bufa que daba mucho dinero á la empresa. Yo, cansado de trabajar durante todo el día y deseando como todos los mortales dar descanso á mi cuerpo, acudí á los Jardines, sitio donde se reunen todos los que su posición social no les permite gastarse unos cuantos duros para ir en busca de alguna playa cantábrica.

Me acerqué á la taquilla, tomé una modesta entrada y traspasé la barandilla de hierro, colocada interiormente á dos metros de la puerta; por aquel paseo que conduce al teatro, se respiraba un aire fresco, que bajando de la atmósfera se introducía por las copas de los árboles, haciendo escuchar un sonoro murmullo al chocar las hojas entre sí.

Iba á empezar el primer acto. Toda la entrada general se veía ocupada por la clase media... las butacas estaban casi desiertas. Nadie se fijaba en la representación; para aquel público, todas las obras son buenas, dedican su atención á mirarse unos á otros, todos se preguntan y responden con la vista; raros, con palabras.

Terminó el acto, todos querían salir á un tiempo al jardín; la banda de música en el kiosco central daba al aire las agradables notas del coro de repatriados. Por el círculo exterior se paseaban hablando y accionando cursilonamente, era una rueda humana sin límites.

Me senté junto á una mesa del puesto del agua, desde donde dominaba todo el jardín. Se me acercó la florista, muchacha joven, de carácter alegre y sonrisa perpetua en sus labios.

—¿Quiere usted que se lo ponga?

—Como gustes.

Y cogiéndome la solapa de la americana, con sus diminutas y blancas manos, me puso un clavel.

En seguida desapareció entre la multitud para continuar ofreciendo flores. Los acordes de la banda dejaron de oirse, aquello anunciaba que el segundo acto no tardaría mucho en empezar. El público volvía al teatro, semejando bandadas de palomas que después de buscar lo que necesitan, vuelven al palomar, queriendo entrar todas á un tiempo.

Continué sentado en mi mesa, «La Poupée» ya la conocía y además que el silencio que reinaba en el jardín durante la representación, me permitía escuchar perfectamente la orquesta.

Al poco rato volvió la florista á hacerme compañía, dejó su florero encima de la mesa y se sentó en una silla próxima.

—¿Ha visto usted qué pollos?

—Ya, ya, ¿quieres tomar algo?

—Si usted es tan amable...

Llamé al mozo, éste le sirvió un chico en grande de limón.

—Si le digo que el negocio está, pero que la mar de malo, tanto postín y luego... ¡Piscis!

—No te entiendo.

—Quiero decir que no tienen ni una perra para... ¡Estoy más harta!... Llego, les pongo una flor y... me dicen alguna desvergüenza retirándome bruscamente de su lado, ni que una fuera un alfeñique.

—Así es la vida.

Y proseguimos charlando, me contó su vida, como la de todas esas que se dedican al comercio de su carne, unas veces buena, otras mala, llena de escabrosidades.

Había amado como aman las vírgenes, pero desengañada; ahora se reía de todos, según ella, tenía muy buena sombra, pues rara era la noche que no se llevaba diez duros á su casa de *primos* que pretendían gozar de su especial belleza. Les daba conversación, pero tan melodiosa, que no me extrañaba envolviese á los más avezados en cuestiones de amor ficticio.

Y así se pasó la representación. Ella sin vender flores y yo escuchándola, olvidándome de oir la música de la opereta.

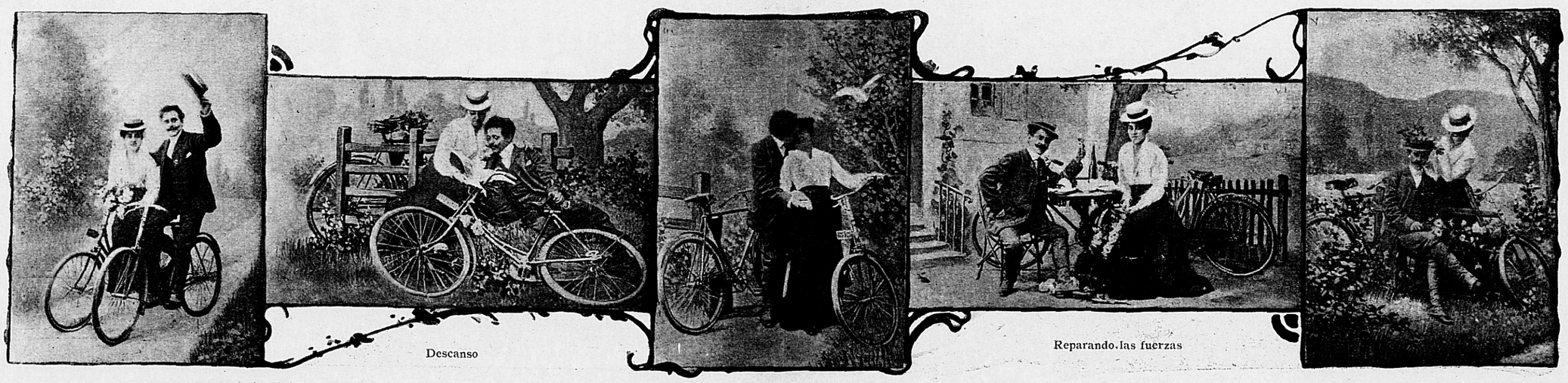
—Me ha sido usted la mar de simpático.

—¿Sí?

—Créalo, á mí me son pocos simpáticos.

Nos separamos; desde aquella noche concurría á diario para cambiar impresiones con Josefina. Llegamos á hacernos muy amigos, tanto, que algunas veces la acompañaba hasta su domicilio.

Miraba con tristeza á aquella mujer, mujer en sabiduría y niña en edad. Le dí consejo para apartarla del vicio, ella los oía, soltando carcajadas, me encontraba hecho un regenerador, cosa



La carrera — Descanso — Amor sin pedal — Reparando las fuerzas — Coronando al campeón



—¿Aquí las dos? ¡Imposible!

no habitual en mí, quizá por esto no le propuse nada, le había tomado ese cariño que se tiene á una hermana y cuando esto sucede hay cierto reparo en nuestro ánimo de querer gozar de la carne que formó un mismo sér. Y sin embargo sabía que muchos eran los poseedores de aquel divino cuerpo que yo respetaba. ¡Carne de profanada virgen que se comerciaba en el lodo mundanal de la orgía y del vicio!

II

La noche era poco deliciosa, la lluvia, en finísimos hilos plateados, caía lentamente; á la puerta del teatro Español un enjambre de lacayos charlateaban risoteramente esperando la salida de sus señores.



—Mas ¿dónde dormir la siesta?



—Aquí, á la orilla del lago...

La gente empezaba á salir, había terminado la función. Cubierto con mi paraguas quise ver el público de damas. Era día de moda. Toda la aristocracia se encontraba dentro del clásico coliseo. Saludé respetuosamente á la estatua de Calderón colocada en frente.

Los golfillos pululaban por entre los lacayos.

—Señorito, ¿cómo se llama el cochero?

—Lucio, contestaban groseramente.

Y los golfillos gritaban desaforadamente llamando al cochero, luego percibían unas cuantas perras de los señoritos. A Josefina no la había vuelto á ver desde la temporada de los Jardínes, quizá estuviera en algún teatro del género chico ofreciendo su mercancía, esta idea cruzó por mi mente, mientras contemplaba al salir aquel conjunto de doradas cabezas,



—¿Y si nos ven? ¡Qué vergüenza!

que apretadamente descendían hacia la calle. ¡Loca manía aristócrata! teñirse de rubio el pelo, no parece sino que os deshonra nacer con otro color que no sea el blanco. Algunas, da compasión mirarlas, llenas de hermosas alhajas y ricos vestidos, para cubrir cuerpos escuálidos y demacrados rostros. De pronto un murmullo subió hacia la atmósfera.

Los que en la calle contemplaban el espectáculo se decían unos á otros:

—¡Qué mujer!

Me aproximé para verla. Realmente era una belleza, su vestido blanco de adamascada seda, con encajes de los más valiosos, hacían resaltar más el encanto de su cara. Un hombre de unos cincuenta años, bajo y cojo le daba el brazo. El lacayo, con el sombrero medio quitado, se aproximó á la desigual pareja y con sumo respeto dijo:

—Señor marqués... aquí está el coche.

La florista, mi antigua amiga, fijó sus hermosos ojos en los míos, en aquella mirada me explicaba todo; montaron en el *landeau*. Josefina sacó un poco la cabeza para volver á mirarme, una sonrisa se escapó de sus labios, era de afecto. ¡No había seguido mis consejos!

Cuando ví alejarse el coche por la obscura calle del Prado, me quedé contemplándole hasta perderle de vista; luego proseguí por la calle del Príncipe; una pobre mujer vieja, cruzó conmigo, llevaba su tarro de flores cogido con el brazo izquierdo y pegado al cuerpo, su cabeza cubierta por el mantón. Entonces hice el apoteosis de mi amiga, hoy marquesa, y murmuré:

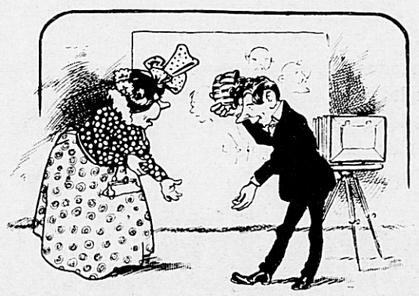
—Lujo y vanidad que á las primeras gotas de la vejez, será convertido en inmundo barro que todos olvidados y con desprecio pisarán.

¡Ser honrada, vale más que todo lo humano!

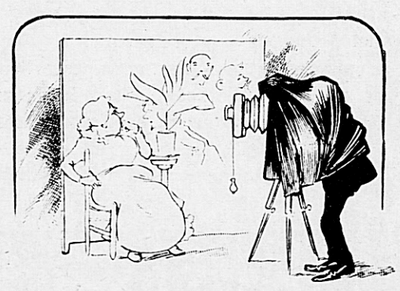
Desde entonces sólo me doy consejos á mí mismo.

CARLOS VILLANUEVA

Un retrato original



La señora quiere hacerse una ampliación para sorprender á su esposo.



El fotógrafo la coloca, sirviéndole de fondo un lienzo donde hay una cabeza de hombre dibujada.



La señora se despide satisfecha.



Y al entregar la ampliación, ve el marido con gran sorpresa que su mujer aparece en grupo con un punto.

La flecha



La función va á empezar.

Arrellenados en sendas butacas, los tres amigos disputan acaloradamente sobre la evolución literaria, haciendo cada cual pronósticos más ó menos verosímiles sobre el porvenir del arte.

Gustavo, que, oprimiendo el sombrero entre sus rodillas, se dispone á rebatir las argumentaciones de sus compañeros, queda un momento suspenso: una flecha de papel diestramente arrojada desde los anfiteatros ha caído, rozándole la cabeza, en el interior del hongo; y, con mano avara, como si se tratase de una misiva amorosa nerviosamente esperada, desbarata sus pliegues, estira la hoja que los forma, pasa rápidamente la mirada por los apretados renglones manuscritos que la cruzan, é imponiendo con un expresivo ademán, silencio á sus interlocutores, exclama:

—He aquí una respuesta á nuestra polémica, que nos viene llovida del cielo;—y, después de suplicar la atención, comienza á leer:

«Los artículos literarios, hoy

RÁPIDA

»Todo había concluído.

»Tres días antes, el médico de cabecera, con su acertado ojo clínico, hubo de pronosticar á los atribulados familiares el funesto y trágico desenlace.

»Allí, sobre el lecho aún caliente por la graduación elevada de la fiebre, estaba ella, rígida, demacrada, con sus ojos vidriosos de mirar cristalizado, entreabierta su boca, de labios ligeramente violáceos, enterrado el cráneo en el laberíntico desconcierto de sus guedejas, y oprimiendo entre las cerosas manos el santificado patíbulo del Nazareno.

»¡La pulmonía, artera y solapada, con escalofriante crueldad, había devorado, rápida, en una veintena de horas, aquel cuerpo robusto, pletórico de vida!

»En una habitación contigua á la en que yacía la difunta, el grito de dolor, el ¡ay! desesperado y el llanto quebrantoso de los deudos se mezclaban en fúnebre desarmonía; y, en medio de este cuadro desgarrador, sólo un hombre, un espíritu fuerte, conservaba la serenidad de ánimo y la sequedad de las mejillas: su yerno.

»Los artículos literarios, mañana

INSTANTÁNEA

»Un médico, un lecho caliente, una pulmonía, y una difunta; gritos, ayes, llanto, familia y un yerno que no pierde la presencia de ánimo: mézclese y agítese.»

—¡Quién sabe si no andará muy descaminado el autor de la ocurrencia!—dice uno de los oyentes, luego que Gustavo acaba de leer.

—¡No te quepa la menor duda! —replica éste; y añade:—De las galerías altas ha venido la flecha agorera y... «¡voz del pueblo, voz del cielo!»

EMILIO DÍAZ CORONA

Carnavalina

Anoche fuiste al baile disfrazada,
con la cara tapada,
yo, sin disfraz, y, al verme,
mostraste gran empeño en conocerme.
Te dije... muchas cosas,
las que suelen decirse á las hermosas;
tú, con amables frases, respondías
á mis galanterías,
y me jurabas amor ferviente
creyéndome, sin duda, un inocente.
Charlamos mucho, cuanto tú quisiste,
y no me conociste
aunque llevé la cara al descubierto;
de que ignoras quién soy, estoy muy cierto,
como estoy convencido
de que sabes que yo te he *conocido*.
No te parezca extraño
haber sufrido anoche un desengaño,
que también se equivocan las mujeres.
¡Tú, no sabes quién soy; yo, sé *quién eres!*

J. Gil Asensio



Aunque son dos como ves,
valen por lo menos tres.

Cantares

Si recuerdas lo mucho
que te he querido,
dirás arrepentida:
¡qué mala he sido!

Son una precocidad
las mujeres de hoy en día:
tienen quince años de edad
y treinta de picardía.

Parece mi corazón
la morada del martirio,
á donde va encarcelando
las desgracias el destino.

De fijo se postrarían
los angelitos del cielo,
ante los ojos que tiene
la *jembra* que yo *camelo*.

Le sucede á tu cariño
lo que á la moneda falsa:
por más que intentas pasarle,
todo el mundo le rechaza.

El amor es un chiquillo:
empecé por no quererla,
y hoy, sin poder remediarlo,
estoy loquito por ella.

Pregunté al cielo por ti,
y me dijo el Padre Eterno
que tú no estabas allí,
que estabas en el infierno.

No me acobarda la muerte;
á mí lo que me acobarda
es lo difícil que encuentro
olvidar á esa serrana.

Por una mala mujer
me veo encarceladito.
¡En qué corazón tan negro
se fué á fundar mi cariño!

No pido clemencia:
merezco el castigo;
¡pero que me dejen por misericordia,
besar á mis hijos!

Si á ti á quien yo camelo
y sólo para ti vivo:
¿por qué me estás dando achares
sin haberte dao motivo?

Entrañita mía,
pa volver á camelarnos
hicimos la picardía.

Son tan requetebonitos
los ojos de mi gitana,
que no hay modo de mirarlos
sin que se condene un alma.

Mis penas lo saben:
¡qué bien te he querido!
Y tú, entraña mía, ¡qué malitamente
te has *portao* conmigo!

Eustaquio Cabezón



Galería de bellezas: Primera de la serie

Bibliografía

Bajo la dirección del distinguido escritor don Juan Cuesta, y con la colaboración de ilustrados literatos, ha empezado á publicar la casa editorial de los señores Bailly-Bailliere é Hijos una preciosa *Colección de Cuentos, Frases y Refranes en acción* que constará de cuatro tomos. *Dos son los que acaban de publicarse* y que tenemos á la vista.

Precio, una peseta cincuenta céntimos ejemplar.

Almanaque parisiense

Hemos recibido el Almanaque parisiense para 1904; que la casa Grimault y C.ª ofrece anualmente á su numerosa clientela.

LA ✻ SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre . . . . . 6 pesetas
Año . . . . . 11 »
Extranjero y ultramar, un año . . . . 17 »
Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que ya hemos terminado la reimpresión del magnífico

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

Los señores corresponsales á quienes no hemos podido complacer sirviéndoles la segunda remesa, pueden desde luego indicar el número de ejemplares que le hemos de remitir.

A pesar de los gastos que nos ha obligado á hacer la reimpresión del

ALMANAQUE DE "LA SAETA"

no hemos querido omitir detalle alguno para que esta SEGUNDA EDICIÓN resulte á la altura de la primera.

Precio una peseta

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA ✻ ROMÁN GIL-EDITOR ✻ PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y *Filipinas*, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas *Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia* de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) *Ilustrada con riquísimas cromolitografías.* — *Consta de* 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la *Restauración*, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don *Emilio J. M. Nogués*, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—*Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.*

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, *y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el* antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (*Memorias íntimas* de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al *cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4* ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchite.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán *Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos* po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.